

## El don de la sexualidad y la tarea de recrearla: de la fragmentación a la integración

Maricarmen Bracamontes, OSB

### Resumen

*Este artículo es una reflexión introductoria a una temática amplia y compleja. Es un acercamiento a los desafíos que implica una nueva comprensión de la sexualidad humana, una relectura de la misma que exige un cambio de mentalidad. Es una consideración sobre la necesidad de ir más allá del aspecto de la genitalidad a la que se ha reducido. Es también un intento por comprenderla de una manera holística, condición indispensable para abrir senderos y ensanchar horizontes que permitan entretejer todas sus dimensiones, física, emocional, espiritual.*

*Este artigo é uma reflexão introdutória a uma temática ampla e complexa. É uma aproximação aos desafios que implica uma nova compreensão da sexualidade humana, uma releitura da mesma que exige uma mudança de mentalidade. É uma consideração sobre a necessidade de ir além do aspecto da genitalidade à que está reduzida. É também uma tentativa de compreendê-la de uma maneira holística, condição indispensável para abrir caminhos e alargar horizontes que permitam entretecer todas as suas dimensões, física, emocional, espiritual.*

### INTRODUCCION

Es evidente la urgente necesidad de recrear la sexualidad humana, en su comprensión y en la vivencia de la misma. Esta convicción la he venido tejiendo durante dieciocho años de trabajo ininterrumpido con congregaciones religiosas en su mayoría mexicanas, pero también en espacios geográficos caribeños, centroamericanos y sudamericanos. He compartido la temática, así mismo, aunque en contadas ocasiones, con comunidades en los Estados Unidos de Norteamérica. Mi experiencia es fruto de un intercambio mayoritario con comunidades femeninas, pero no exclusivamente. He trabajado también con hermanos religiosos, seminaristas diocesanos y grupos mixtos en formación inicial y continua. Me han hospedado en el seno de sus búsquedas, tanto comunidades de claustro como apostólicas.

Al correr de esos años he palpado las angustias y esperanzas de hermanas y hermanos que viven el dolor que resulta de la vergüenza y el silencio, que son producto de sentimientos de culpa y juicios de impureza. He palpado la impotencia de quienes se topan con la insensibilidad y el encubrimiento que se resiste a poner un alto a los abusos y se niega a reconocer y reparar el daño. Me ha indignado la impunidad que

se cobija bajo la lógica de la condena, la persecución y el calificativo de infidelidad a quienes tienen hambre y sed de justicia. Ha conmovido mis entrañas el anhelo expectante de esos rostros que esperan que otras relaciones sean posibles. Me he llenado de júbilo ante la palabra que, pronunciada en un espacio de aceptación y de acogida, rompe la complicidad inconsciente con la perversidad agresora y hace posible la recreación de los cuerpos y espíritus lastimados que anhelan la libertad arrebatada.

En este artículo no pretendo sino un acercamiento a esta compleja y amplísima temática de la sexualidad humana. Inicio asumiendo el desafío de trascender una comprensión reduccionista que había absolutizado la dimensión física de la genitalidad. Posteriormente señalo algunos aspectos de la tarea de la integración y, finalmente, abordo algunos aspectos de la relacionalidad tanto personal como social, en clave místico-profética. En ese último apartado actualizo algunos aspectos de una reflexión que se publicó en la revista de la Conferencia de Religiosas/os de México<sup>1</sup>.

## 1. EL DESAFÍO DE UNA COMPRENSIÓN HOLÍSTICA DE LA SEXUALIDAD HUMANA

La comprensión de la sexualidad humana se va transformando. De haber sido prácticamente reducida a su dimensión reproductiva, centrándola en el aspecto físico de la genitalidad, ha iniciado un proceso en el que va siendo entendida más bien de forma holística; esto es, que se van considerando todas sus dimensiones y la interrelación que existe entre ellas. Hoy, hablar de sexualidad

es hacer referencia a todos los aspectos de la persona: somos seres sexuados. La sexualidad humana se expresa en formas de comportamiento, de encuentro, de comunicación, en las que se entretrejen aspectos corporales, psicológicos, afectivos, sociales, culturales, axiológicos, religiosos y de salud-enfermedad. La genitalidad es sólo un aspecto, que representa la consumación física de energías eróticas que atraen hacia otra persona.

Para Ronald Rolheiser<sup>2</sup> la sexualidad es la conciencia de estar separadas/os, desconectadas/os del todo. Por tanto es una energía en nuestro interior que trabaja incesantemente en contra de la sensación de aislamiento. Es un dinamismo interno que conduce hacia la comunidad, la familia, la amistad, el afecto, la comunión, el amor.

Un acercamiento cristiano a la sexualidad la considera como una energía hermosa, buena y extremadamente poderosa, que nos ha sido dada por Dios. Se experimenta en cada célula de nuestro ser como una irrepreensible urgencia de salir de nuestra incompletud para movernos hacia la unidad y la consumación que está más allá de nosotras/os mismas/os. Es dar y recibir vida en el gozo de la relacionalidad. La sexualidad humana comprende también la pasión del eros. Eros no es algo ligado exclusivamente a la genitalidad. Tiene que ver, ciertamente, con la atracción y expresión genital, pero también con lo lúdico, el juego, el humor, la amistad, la filía, el ágape, el servicio, la entrega de la vida. Siendo fuente de creatividad, de gozo, de deleite, de sentido del humor, de auto-trascendencia; su resultado es la posibilidad de la genuina intimidad que

podemos experimentar de este lado de la eternidad. Por eso, para algunas corrientes teológicas, en las expresiones de nuestro ser sexuado se puede catar el sabor de la vida eterna. Las/os místicas/os han hecho analogías entre esta capacidad relacional y lo que produce el alcanzar la conciencia, siempre temporal y transitoria, de la última unión con Dios y la creación.

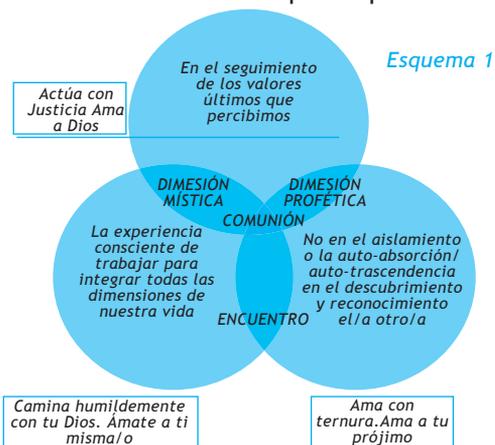
Somos seres sexuados. Nacemos mujeres o varones. En esa expresión sexuada se va configurando lo femenino y masculino, que no es algo que se desprende necesariamente de lo biológico, ni es tampoco un desarrollo exclusivamente cultural. No es un resultado sino un proceso que, desde la perspectiva religiosa, es histórico-trascendente. La sexualidad, siendo una fuerza que impulsa hacia el encuentro con otras personas, exige considerar seriamente la tarea de la madurez y la integración.

La tradición bíblica entiende a la humanidad desde la experiencia del amor: es en el dinamismo de amar a Dios y a cada prójimo/a con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todas las fuerzas, desde donde se expresa quiénes somos (Mc 12, 30; Lc 10, 27). Con la claridad de conciencia de la propia identidad, se va integrando el ser afectivo, religioso, cognoscitivo y ético. Afirmar que la meta es amar con un ser integrado, implica la experiencia de quien nos amó primero (1 Jn 4, 19). Amar a Dios así, con todo nuestro ser, supone esa experiencia primera del amor incondicional de Dios, que nos integra. Descubrirse amada/o es lo que posibilita adentrarse en un proceso de unificación. La respuesta a ese amor

de Dios es amarlo y amarnos, amando a las/os demás como a una/o misma/o. Esto es a lo que se refiere Sandra Schneiders cuando define la espiritualidad como *“la experiencia consciente de esforzarse por integrar todas las dimensiones de nuestra vida, no en el aislamiento o la auto-absorción, sino en la auto-trascendencia, es decir, en el encuentro y reconocimiento de la otra, del otro diferente, y en el seguimiento de los valores últimos que percibimos”*<sup>3</sup>.

Reconocerse incondicionalmente amada/o por Dios requiere la apertura a la escucha de su declaración amorosa: *“tú eres mi hija/o amada/o en quien tengo mis complacencias”* (Mc 1, 11). Esto ensancha nuestro corazón y nos abre al descubrimiento del otro, de la otra, del diferente, y es esta experiencia la que, al volvernos conscientes de nosotras/os mismas/os en cuanto tales, nos impulsa a trascender.

Así pues, en la experiencia del amor incondicional de Dios, nos vamos integrando, unificando y esto hace posible que amemos con todo nuestro ser. El descubrirnos amables nos capacita para amar.



## 2. EL PROCESO DE INTEGRACIÓN: UN ACERCAMIENTO

En el proceso de integrarnos, algunos/as autores/as señalan, por una parte, seis dimensiones de un sano desarrollo psicosexual y, por otra, seis etapas a través de las cuales los elementos físicos y emocionales de la sexualidad se van unificando. Veámoslas.

### 2.1 Las seis dimensiones de un sano desarrollo psicosexual<sup>4</sup>

- ❖ **Física.** Incluye el cuidado físico de una/o misma/o, la higiene y el orden; la relación con los ritmos hormonales; la conciencia del cuerpo, la enfermedad y las necesidades físicas.
- ❖ **Cognitiva.** Incluye nuestra manera de pensar en nosotras/os mismas/os como una mujer o un varón. Requiere de información adecuada y fundamentada acerca de la sexualidad que, “por una parte, tenga en cuenta la tradición cristiana y, por la otra, incorpore los progresos de la ciencia y la actual sensibilidad socio-cultural”<sup>5</sup>.
- ❖ **Emocional.** Se refiere a la aceptación de nuestros sentimientos e impulsos eróticos. La capacidad de comprender que sentir el deseo genital tiene que ver también con la necesidad de la conexión con alguien y que su destino último no es necesariamente el encuentro físico-genital. Este aspecto incluye la tarea de redimensionar y ensanchar la gama del placer humano, que no se reduce únicamente a la genitalidad.
- ❖ **Social.** Estamos llamadas/os a ser personas en relación. La persona madura ya no necesita concentrarse tanto en su persona; por eso es capaz de ensanchar la gama de sus relaciones en la libertad. No es excesivamente consciente de sí misma en sus relaciones, no se identifica con ellas. Sabe que “tiene” relaciones. No “es” sus relaciones. En paz con estos niveles, ahora tiene energía creativa, capacidad física y fuerza espiritual para anteponer el bien de las demás a los propios intereses y, de esta manera, evita conscientemente usar a otras personas para su propia satisfacción.
- ❖ **Moral.** Implica vivir una vida de integridad y coherencia. Se conduce de forma que refleja las elecciones que ha hecho en la vida. Las relaciones de las personas célibes tienen un carácter específico y cuidan, particularmente, de ser castas. Es decir, respetan los límites no sólo físicos, sino afectivos, morales, estéticos, ideológicos de las demás personas. No se identifican con búsquedas erótico-románticas que anhelan la exclusividad. Tampoco intentan trascender en la figura de un hijo o hija.
- ❖ **Espiritual.** La energía sexual y espiritual buscan un mismo objetivo, reverenciar la dignidad personal

propia y ajena, expresando vivencialmente que somos seres en relación llamadas/os a la unidad.

Para evaluar el desarrollo de estas etapas, la autora consultada, nos ofrece algunas claves. Son tres movimientos que permiten discernir si la persona se expresa apropiadamente, o si sus conductas reflejan baja autoestima, sea por carencia o por exceso.

**(1) Veamos el *continuum* de la sexualidad humana en su aspecto primario: los sentimientos acerca del cuerpo, del ser mujer o varón, darse cuenta por quiénes se siente atraída/o.**

- ❖ *Baja auto-estima por carencia.* Incómoda/o con el cuerpo, con su ser mujer o varón, el modo cómo experimenta sus atracciones. Se siente y expresa tímida/o-torpe-apenada/o. No se considera atractiva/o. Busca pasar desapercibida/o. Estos sentimientos le restan mucha de su energía.
- ❖ *Buena auto-estima: sentimientos apropiados.* A gusto con su cuerpo, con su ser mujer o varón. Consciente de quien le atrae. Se siente llena/o de vida, graciosa/a, atractiva/o, pone cuidado en su apariencia sin una excesiva preocupación. Capaz de liberar energía creativa.
- ❖ *Baja auto-estima por exceso.* Preocupada/o con el cuerpo, su identidad y atracción sexual. En esto con-

centra mucha de su energía. Trata de lucir su atractivo. Excesiva preocupación por su arreglo personal. Parece gritar ¡Aquí estoy!

**(2) El *continuum* del aspecto genital de la sexualidad humana: genitalidad y expresión sexual.**

- ❖ *Baja auto-estima por carencia.* Miedo a los impulsos, movimientos, deseos y reacciones físicas. Insegura/o en cuanto a la vivencia de este aspecto de su sexualidad.
- ❖ *Buena auto-estima: conducta apropiada.* Acepta con gusto los movimientos de la genitalidad como parte de su sexualidad. Sabe expresarla de forma responsable y de acuerdo a su estado de vida.
- ❖ *Baja auto-estima por exceso.* Hace alarde de su sexualidad genital. Utiliza a los/as demás. Seduce. Busca demostrar que tiene potencia sexogenital. En cualquier espacio hace referencia excesiva y con tintes morbosos hacia este aspecto. En el extremo es violador/a (esto refleja problemas de poder).

**(3) *Continuum* de la sexualidad afectiva: la capacidad de sentirse en relación. Expresar la cercanía, la amistad, la intimidad, y tocar en formas apropiadas.**

- ❖ *Baja auto-estima por carencia.* Refleja falta de calor humano (frialidad, conducta estereotipada). Carece de

espontaneidad. Incapaz de tocar a las personas en formas apropiadas. Tiende a aislarse.

- ❖ **Buena auto-estima: conducta apropiada.** Expresa calor humano, cuidado y cercanía. Sabe compartir sus sentimientos. Se relaciona en mutualidad y reciprocidad. Sabe tocar a la gente en formas apropiadas. Capaz de entrar en relaciones íntimas y en procesos de amistad.
- ❖ **Baja auto-estima por exceso.** Calor agresivo. Vivacidad invasiva. Trata de enganchar a los/las demás. Toca en formas invasivas. Tiende a controlar las relaciones.

En la VR este proceso de madurez se da por la vía del celibato. Las conductas señaladas arriba nos permiten evaluarlos y dan pistas sobre el caminar en la integración de nuestro ser sexuado. Es necesario que quienes ingresan a nuestras comunidades tengan esto claro: han decidido continuar su proceso de madurez humana y crecimiento espiritual por la vía del celibato. Y el celibato exige el irse entrenando en la castidad.

Las expresiones de nuestro ser sexuado requieren de la castidad en cualquier opción de vida: matrimonial, religiosa, de soltería. La castidad tiene que ver con todo lo que experimentamos. Tiene que ver con lo apropiado de toda experiencia. Es respeto, es reverencia. Ser castos/os es experimentar las personas, los lugares, el entretenimiento, las cosas, todas las facetas de la vida y también la genitalidad, de una manera que

respete los límites propios y ajenos. Somos castos/os cuando nos relacionamos con las otras personas en formas que no transgreden sus límites morales, psicológicos, emocionales, estéticos o físicos. Somos castos/os cuando no permitimos que la impaciencia, la irreverencia o el egoísmo crucen los límites de las demás personas prematuramente o irreverentemente. Castidad es respeto, reverencia y paciencia. Y sus frutos son la integración, la gratitud y el gozo. La falta de castidad es la impaciencia, la irreverencia y el abuso. Y sus frutos son la desintegración, la amargura y el cinismo<sup>6</sup>.

Este desarrollo psico-sexual se ha descrito también como un proceso en el que se integran los elementos físicos y emocionales de la sexualidad. Tal integración da como resultado un ensanchamiento en la gama de posibilidades para la experiencia del placer. Pasemos a considerarlo.

## 2.2 Las etapas de la evolución sexual en las personas

En el segundo volumen de *Praxis Cristiana*<sup>7</sup> se presenta un esquema que ilustra la evolución de la sexualidad humana y que es de gran ayuda. Aun cuando dicho esquema data de una fecha nada reciente, resulta muy clarificador. Los autores presentan la evolución sexual en seis etapas. Tres de ellas van del nacimiento hasta antes de la adolescencia. Al finalizar estas etapas se logra una primera conciencia de sí misma/o que lleva a dar cuenta de la dualidad: en este mundo hay mujeres y varones y esto tiene implicaciones prácticas en la

autocomprensión y en el comportamiento. La identidad se da por contraste: soy mujer porque no soy varón y viceversa.

Las otras tres etapas que van de la adolescencia a la joven adultez, culminan con la integración de las dimensiones física y emocional de la sexualidad. Aquí nace el anhelo de vivir el descubrimiento del ser persona y la búsqueda de la unión personal. El fruto es el reconocimiento de la reciprocidad.

Durante la infancia, las/os educadores buscan subrayar que lo masculino y femenino implican más diferencias que similitudes. Esto favorece que, ante el descubrimiento de la dualidad, se busque un cierto refugio en lo idéntico: las niñas con las niñas y los niños con los niños. Los elementos físico y emocional de la sexualidad están, aquí, claramente disociados.

Al llegar a la adolescencia, en la cuarta etapa, de acuerdo al esquema que consideramos, la mayoría de las personas experimentan, junto a los cambios anatómico-fisiológicos, una atracción hacia el sexo opuesto. Se trasciende la sensación de seguridad y placer sólo con personas del mismo género. El otro sexo se vuelve muy atractivo. Todas las otras o todos los otros, diferentes, en su conjunto, atraen. Al dar el paso a la segunda adolescencia se va volviendo selectiva dicha atracción. Esto significa que los elementos físicos y emocionales de la sexualidad van acercándose cada vez más.

Finalmente, en la sexta etapa se daría, idealmente la integración de los elementos señalados y, por lo tanto, la po-

sibilidad de identificar al otro, a la otra, como persona, igual en dignidad, y se tendería a reconocer y experimentar el placer ya no únicamente en el elemento físico, genital, de la sexualidad sino en la unión con el otro, la otra, en la totalidad de la unión personal. Esto ensancha los espacios del placer humano, que enriquecen la relacionalidad entre las personas.

Considerados estos dos acercamientos al desarrollo afectivo-sexual, pasemos a reflexionar sobre nuestro ser en relación.

### 3 LAS RELACIONES: DON Y TAREA EN CLAVE MÍSTICO-PROFÉTICA

“Al principio es la relación”, dijo Martín Buber y en la encíclica *Dios es Amor*, su Santidad Benedicto XVI, señala esta clave de lectura acertadamente cuando afirma: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”<sup>8</sup>.

Esta clave relacional resulta apasionante para abordar la temática de lo místico-profético en nuestras vidas. La dinámica del amor que nos pone en relación, atraviesa la historia de nuestra fe judeo-cristiana. El cristianismo es, sin duda, una continuidad de la experiencia hebrea, como anota la encíclica citada: “la fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud”<sup>9</sup>. Amor a Dios y amor al prójimo, suponen la experiencia relacional del amor de Dios, “Dios es amor y noso-

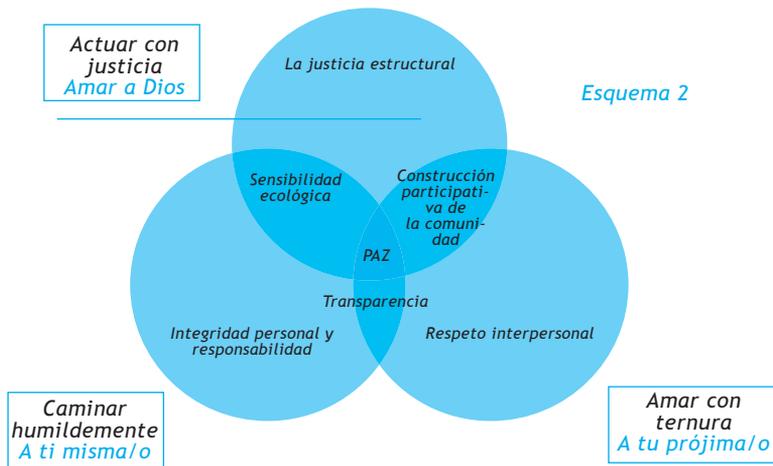
tros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él”<sup>10</sup>.

Conocer y creer en el amor que Dios nos tiene, constituye el núcleo de nuestra identidad, que una vez abrazada y acariciada con ternura, nos lleva a trascendernos ensanchando el corazón que acoge cálidamente a las/os otras/os, ya que la respuesta al don del amor es amar. Quien conoce el amor de Dios y cree en ese amor, no puede hacer otra cosa más que amar. Eso es vivir: “sabemos que hemos pasado de la muerte a

la vida porque amamos. Quien no ama permanece en la muerte” (1 Jn 3,14).

#### 4 HACIA UNA ESPIRITUALIDAD HOLÍSTICA EN CLAVE RELACIONAL

Donal Dorr, un teólogo irlandés, reflexiona en una espiritualidad holística a partir del texto de *Mi 6* que, sin duda, puede releerse también desde la clave relacional del mandamiento nuevo del amor<sup>11</sup> (esquema 2). Me permito, en el esquema 3, una aplicación místico-profética.



Este esfuerzo por integrar las diversas dimensiones de la vida: afectiva, ética, cognoscitiva y religiosa, es justamente lo que Jesús, haciendo memoria de sus raíces judías, actualiza: “*Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas*” (Mc 12, 30; Dt 6, 4-5). Desde ese núcleo fundante se concretizan nuestras relaciones con Dios, con nosotras/os mismas/os, con las otras personas y con todo lo que existe.

De ahí que podríamos afirmar, como lo hizo Emmanuel Levinás<sup>12</sup>, que *conocer a Dios, es conocer lo que ha de hacerse*. Esta apreciación sintetiza, me parece, de la manera más bella, lo que significa el dinamismo místico-profético de nuestra vida: conocer a Dios, que no es otra cosa que la experiencia de su amor, porque Dios es amor (aspecto místico), es conocer lo que ha de hacerse, relacionarse con las otras personas (actitud profética). Conocer a Dios nos revela que nosotras/os mismas/os somos amor, que nuestro *ser* se expresa amando. Esto nos recuerda a San Agustín con su “*ama y haz lo que quieras*”.

Somos las y los seres del inescapable amor que procede de la verdad y la sabiduría, nos dice Juliana de Norwich, mística y teóloga inglesa del s. XIV, después de meditar durante veinte años sobre el don que recibió de Dios:

La verdad ve a Dios, y la sabiduría contempla a Dios, y de ambas procede un maravilloso deleite en Dios que es el amor. Donde están la verdad y la sabiduría, allí está en verdad el amor, que procede de ellas dos, y todas son obra de

Dios (...). Y el alma humana es una criatura en Dios que tiene las mismas propiedades creadas (...). Hemos sido creadas para amar<sup>13</sup>.

Un monje trapense, arraigado en esta tradición, en una tesis de licenciatura en teología moral titulada: *Existir en el corazón del otro: intimidad y madurez ética*, habla sobre una dimensión del amor que es el deseo de la intimidad, y cuyos componentes básicos son: confianza mutua, ternura, afecto y apertura de corazón. Y habla de ese deseo de intimidad como una parte constitutiva de nuestra condición humana. Como conclusión de su tesis afirma:

(...) La intimidad es el camino que Dios quiere que todos sus hijos, varones y mujeres, transiten para encontrar su verdadera identidad y volverse más humanos. La auto-trascendencia es imposible sin la experiencia de intimidad. Cuando amamos íntimamente rompemos la armazón de nuestro pequeño mundo, lo trascendemos y nos donamos a los otros. Hemos sido creados para existir en el corazón de otro/a y en el seno de Dios (...)<sup>14</sup>.

La espiritualidad cristiana se configura desde el encuentro, desde la relación, desde el amor. Esto lo intuyó el Pueblo de Dios, desde el principio, porque en su origen está la experiencia de un amor que convoca, que libera y que otorga identidad. Este es el camino: amar a Dios y a cada prójimo/a con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todas las fuerzas. Con la claridad de conciencia que integra nuestro

ser afectivo, ético cognoscitivo y religioso. La experiencia del amor de Dios que nos vuelve conscientes de nosotras/os mismas/os en cuanto tal, nos impulsa a trascender, nos lleva al descubrimiento del otro, de la otra, del diferente.

Este proceso de integración psico-físico-espiritual que nos permite descubrirnos y descubrir a las/os demás como personas valiosas y dignas de respeto y reverencia, posibilita entrar en el dinamismo del don de la amistad.

## 5 ABRIÉNDOLE SENDEROS AL AMOR QUE SE VUELVE AMISTAD

El proceso que nos lleva a la experiencia del amor, arranca con la tarea del autoconocimiento y culmina en el don del reconocernos iguales en dignidad en el amplio horizonte de nuestras diversidades. El reconocernos iguales en dignidad: hijas e hijos de Dios, creados a su imagen y semejanza, y hermanas y hermanos entre nosotros, es lo que posibilita la amistad, porque la amistad se da entre iguales. Relacionarnos así nos permite experimentarnos con vida abundante.

Esta vida en abundancia que Jesús anuncia encuentra su plenitud en uno de sus discursos en el evangelio de San Juan, *“Ya no les llamo siervos, les llamo amigos porque les he dado a conocer todo lo que he recibido de Dios (...). Ámense mutuamente como yo les he amado (...). Nadie tiene más amor que quien da la vida por sus amigos”* (Cfr. Jn 15).

La amistad es nuestra memoria, entendida como don y tarea que exige una fidelidad creativa para actualizarse en

el presente donde se preña el mañana. Amar implica, por tanto, relaciones en proceso que van ensanchando el corazón. Dinamizar este proceso requiere un encuentro con nosotras/os mismas/os (autoconocimiento) que lleva implícito un encuentro con Dios, dimensión mística que impulsa la expresión profética. Así lo comprendió Juliana de Norwich, de quien hemos hecho referencia: *“es propio de nuestra manera de ser, por naturaleza y por gracia, anhelar y desear con todas nuestras fuerzas conocernos a nosotras mismas. En ese conocimiento pleno conoceremos real y claramente a Dios en la plenitud de la alegría”*<sup>15</sup>.

Así nos lo había revelado Cristo. Abrirse al servicio hasta el extremo requiere una conciencia clara de quienes somos: *“Cristo, sabiendo quién era, de dónde venía y hacia dónde se dirigía, se levantó de la mesa, se quitó los vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó (...)”* (Cfr. Jn 13, 3-4). Para lograr esto es necesario arriesgarse a cultivar el silencio y habitar la soledad, espacios de unificación.

Nuestra vida está marcada siempre por una fecunda tensión entre soledad y comunión (...). Afrontamos la soledad de una manera totalmente consciente (...), ya que es un elemento necesario para la madurez humana y religiosa (...). Un rasgo básico de esa soledad es el silencio (...), ahí nos liberamos de cuanto nos ata para abrirnos a Dios (...). Dios, que irrumpe continuamente en nuestras vidas, es a quien cada cual ha de afrontar a solas (...).

En el silencio nos encontramos con nosotros mismos, escuchamos la voz de Dios y nos hacemos uno con Él y con todos los seres humanos y cuanto existe (...). El silencio y la soledad son el lugar donde somos uno con todo<sup>16</sup>.

Así, pues, si somos las/os seres del inescapable amor, también nos es inescapable la soledad. Ety Hillesum nos describe dos clases de soledad:

Conozco dos tipos de soledad. Una me pone triste hasta la muerte y me hace tener la impresión de estar perdida y sin dirección. La otra, por el contrario, me hace fuerte y feliz. La primera proviene del hecho de tener la impresión de no estar ya en contacto con mis semejantes, de estar totalmente separada de cada uno de ellos y de mí misma, hasta el punto de no comprender ya qué sentido puede tener la vida. Me parece que la vida ya no tiene coherencia alguna y que no encuentro mi sitio en ella. Pero la experiencia de la otra soledad me hace fuerte y segura de mí misma: en ella me siento en comunión con cada uno, con todo y con Dios... me siento insertada en un gran todo pleno de sentido, y tengo la impresión de que también puedo compartir con otros esta gran fuerza que hay en mí<sup>17</sup>.

Estos testimonios nos permiten afirmar que el gran anhelo de Dios para toda la humanidad está inscrito en lo más profundo de nuestro ser. *“Ruego (...)*

*para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21).*

Seres de comunión, recorreremos senderos de relación entretejiendo las dimensiones místico-proféticas de nuestra vida en el cultivo del silencio y la soledad fecundas. El encuentro con Dios y con nosotras/os mismas/os nos impulsa a no ser indiferentes al otro, a la otra, viendo y escuchando con ojos y oídos nuevos, capaces de percibir *su* presencia en todo lo que existe. Ahí está la fuente del dinamismo que nos lleva a tratar de actualizar afectiva y efectivamente el sueño de amor para toda humanidad: que sean UNO, como lo es la Divinidad Trina, para que así haya vida en abundancia.

## 6 LAS RELACIONES: DON Y TAREA

Vivir en proceso hacia la plenificación relacional a que estamos llamadas/os, requiere ciertas actitudes. Una de ellas tiene que ver con el reconocimiento del hecho de que, en materia de relaciones interpersonales, no podemos no “desilusionar” a las otras personas. Esto es lo que hace posible que permanezcamos en relaciones castas y respetuosas. Es cuando demandamos no ser desilusionadas/os cuando crece nuestro enojo, hacemos demandas irreales y violamos la integridad moral, psicológica y física de las otras personas. Y es que, como señalamos previamente, somos castas/os cuando nos relacionamos con las otras personas en formas que no transgreden los límites que resguardan su integridad.

Además de esa renuncia a nuestras expectativas de no ser desilusionadas/os, está la necesidad de darnos cuenta, como afirma Henri Nouwen (1932-1996), de que nuestra vida es corta y representa un tiempo en el cual tristeza y gozo se besan una a otro a cada momento. Hay una cierta tristeza que invade todos los momentos de nuestra vida. No existe tal cosa como puro gozo, ya que aun en los momentos más felices de nuestra existencia experimentamos un matiz de tristeza. En cada satisfacción está la conciencia de nuestras limitaciones. Detrás de cada sonrisa hay una lágrima. En cada abrazo hay soledad; en toda amistad, distancia; y a cualquier forma de claridad la circunscribe la oscuridad (...), pero es esta íntima experiencia, en que cada fragmento de vida es tocado por algo de muerte, la que puede llevarnos más allá de los límites de nuestra existencia. Esta experiencia nos puede hacer anhelar con expectación jubilosa el día cuando nuestros corazones estarán llenos con el gozo perfecto, un gozo que nadie nos podrá arrebatarnos<sup>18</sup>.

Karl Rahner, en esta misma línea, nos recuerda que en el tormento de cada cosa obtenida, llegamos a entender que aquí, en esta vida, todas las sinfonías permanecen incompletas. Somos espíritus infinitos viviendo en situaciones finitas. Esto nos lleva a experimentar insatisfacción, desilusión. Todo nos es insuficiente. Más sólo aceptando, verdaderamente, esta realidad humana, se vuelve más llevadera nuestra inquietud<sup>19</sup>.

El don y la tarea de la relacionalidad requiere, pues, la humildad, es decir, la conciencia de la verdad de nuestro ser de criaturas. Una vez que abraza-

mos y resguardamos en la calidez de nuestro afecto, esa nuestra verdad y la de las demás personas, entonces es posible amarnos con libertad. Requiere, también, el entretener las dimensiones místico-proféticas de nuestra identidad cristiana. La mística, que es esa intimidad con lo más auténtico de Dios, preñada en el silencio y la soledad fecundas, se entrelaza con lo profético, como la justicia y la paz se besan. Ahí es desde donde nos reconocemos unos a otras en igual dignidad y nos acercamos a la verdad, la belleza y el bien que hace posible la existencia. Ahí nos revestimos de Cristo, como nos lo recuerda *Vita Consagrada* (1996, Nos. 65 y 66) y *Caminar en Cristo* (2002, No. 15):

(...) La Vida Consagrada es en sí misma una progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo (...). La formación (...) representa un modo teológico de pensar la misma Vida Consagrada, que es en sí formación nunca terminada, participación en la acción del Padre que, mediante el Espíritu, infunde en el corazón los sentimientos del Hijo.

En el seno de la intimidad de la relación amorosa con Dios, se participa de sus anhelos para la humanidad. Ahí se gesta la convicción gozosa de participar en la realización de ese sueño que invita a que se imaginen creativamente y se actualicen efectivamente las condiciones para que mujeres y hombres vivan en abundancia. Mediante este dinamismo se testimonia una resistencia activa y una renuncia consciente y coherente a ser parte de todo aquello que atenta contra la vida. De esta

manera, con un corazón compasivo, se responde afectivamente al/la otro/a en su sufrimiento, enfermedad, opresión o exclusión. Y, acercándose a lo que está lastimado, se denuncian todas las situaciones donde está amenazada la vida, a la vez que se disciernen acciones que la sanen y restauren.

## 7 A MANERA DE CONCLUSIÓN

Si el Cristianismo es relación, nuestro don y tarea es, justamente, imaginar y actualizar esas relaciones alternativas que tanto anhela el corazón humano. La energía que nos configura como seres sexuados es lo que nos impulsa hacia el encuentro, acercamientos que reconocen y respetan la dignidad propia y ajena. Así se formarán relaciones en las que se echan fuera el temor y la inseguridad, que es lo que inventa mil y una amenazas y genera violencia y destrucción. Nuestra seguridad está en el amor incondicional de Dios. Nuestra alegría en la afectividad que nos hermana en la fe. Vivir esto en plenitud supone esforzarnos por ir creciendo hasta llegar a la madurez de la plenitud de Cristo (Cfr Ef 4,13).

## Notas

<sup>1</sup> BRACAMONTES, Maricarmen, *Apasionadas/os por una Vida Religiosa Místico-Profética*, CIRM Informativo, Año XLV Número 3, Mayo-Junio 2006, pp. 16-27.

<sup>2</sup> Aquí considero los acercamientos que a la temática hace este autor. Véase: ROLHEISER, Ronald, *En busca de Espiritualidad: Lineamientos para una Espiritualidad Cristiana del siglo XXI*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires-México, 2003. Particularmente su capítulo sobre la "Espiritualidad de la Sexualidad", pp. 243-268.

<sup>3</sup> SCHNEIDERS, Sandra, "Spirituality in the Academy", en Kenneth J. Collins, Ed., *Exploring Christian Spirituality. An Ecumenical Reader*, Baker Books, Grand Rapids, Michigan, 2000, p. 254.

<sup>4</sup> Esta parte está sustentada en los apuntes del Taller "Benedictine Vocation Directors Meeting" realizado en Indiana, Estados Unidos, del 9 al 14 de noviembre de 2005. El tema: "Ser sexual y célibe: un enfoque psico-espiritual" fue impartido por la Hna. Lynn Levo, CSJ del Saint Luke Institute en Silver Springs, MD.

<sup>5</sup> Tomo estos elementos de lo que Benedicto XVI señala como necesario en la actualización que exigen los tiempos que corren. Lo declara en la audiencia con participantes del Congreso Internacional del Dicasterio para los Laicos: "Mujer y varón, la totalidad del humanum". Roma, 9 de febrero de 2008. (Obtenido en [www.laici.org](http://www.laici.org)).

<sup>6</sup> Véase, op. cit., ROLHEISER, Ronald, *En Busca de Espiritualidad*.

<sup>7</sup> LÓPEZ AZPITARTE, Eduardo; ELIZARI BASTERRA, F.J.; RINCÓN ORDUÑA, Raimundo, *Praxis Cristiana*, Vol. 2. *Opción por la Vida y el Amor*, Ediciones Paulinas, Madrid, España, 1981, p. 299.

<sup>8</sup> Benedicto XVI, *Dios es Amor*, Ediciones CEM, AR, Enero 2006, p. 3.

<sup>9</sup> Ibid.

<sup>10</sup> Ibid.

<sup>11</sup> Cfr. DORR, Donal, *Integral spirituality: Resources for community, peace, justice and the earth*, Orbis Books, Maryknoll, New York, 1990, p. 2.

<sup>12</sup> LEVINÁS, Emmanuel, *Difficult freedom: essays on judaism*, traducido por Sean Hand, John Hopkins University Press, 1990, p. 17.

<sup>13</sup> DE NORWICH, Juliana, *Libro de Visiones y Revelaciones*, Editorial Trotta, 2002, p. 132.

<sup>14</sup> Citado por Bernardo Olivera, OCSO, en *Amistades Transfiguradas: Amigos y Amigas por el Reino*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2000, pp. 35-36.

<sup>15</sup> Juliana de Norwich, op. cit., p. 135.

<sup>16</sup> Cfr. GRÜN, Anselm, *Benito de Nursia: su mensaje hoy*, Ed. Sal Terrae Breve, 2004, pp. 88-90.

<sup>17</sup> LEBEAU, Paul, *Etty Hillesum: Un Itinerario Espiritual*, Ed. Sal Terrae, Santander, 2000, p. 66.

<sup>18</sup> Cfr. ROLHEISER, Ronald, *En Busca de Espiritualidad: Lineamientos para una Espiritualidad Cristiana del Siglo XXI*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires-México, 2003, p. 259.

<sup>19</sup> ROLHEISER, Ronald, *The Holy Longing: The Search for a Christian Spirituality*, Doubleday, New York, 1999, p. 204.

